

34. LA ILUSION VIAJA EN JETTA

“Desde joven Díaz Ordaz ingresó al ejercito burocrático del gobernador Maximino Ávila Camacho, como presidente de la Junta de conciliación y Arbitraje del estado, y ascendió a secretario de Gobierno de Gonzalo Bautista, el pelele a quien el gran cacique dejó la gubernatura cuando él pasó a la ciudad de México para encabezar la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. La principal característica que don Maximino buscaba en sus subordinados era el sometimiento total, sin reservas morales o de simple dignidad personal, y el joven abogado satisfizo ampliamente tales requisitos. Más tarde pretendería cobrarse en toda la nación las humillaciones padecidas en su época de burócrata poblano”

NAIPES DE POLVO página 708

Afección de todo burócrata mexicano en su lagartear por la laberíntica, inextricable e indescifrable epopeya *institucional revolucionaria* que producía, a quien lograba alcanzar un alto nivel federal, un daño irreversible. Se investía de aura mezcla de ente preclaro, Ícaro mexica y cardenal laico. Si se sacaba la lotería de ser indiciado como ocupante de la silla presidencial, ascendía a nivel de Sumo Sacerdote, miembro de una casta separada sobre cuya nimbanda testa se abría el cielo de donde descendía un haz de luz enceguedora invistiéndole de clarividencia sapientísima –revolucionarísima- con el único límite a su omnipotencia que Dios Cronos marcaba: seis años.

El boato del unguimiento, dirigido por sus hermanos los Titanes, refundaba a la raza por la cual algún día hablará el espíritu, soplando fuego purificador sobre paredes, plazas y calles mientras tanto, los poderes Legislativo y Judicial le eran entregados como amanuenses al servicio de sus personales humores, flatulencias y miasmas.

Durante el unguimiento de El Cuarto López, asomó otro tipo de posteridad, uno sazonado con copal y violentos zangoloteos a su testa, propinados por un sacerdote recién desenterrado, buscando conectar ambos hemisferios cerebrales, rito que ha probado ser eficaz para sobrevolar añosos y nauseabundos pantanos sin pringarse. Nuestro Sumo Sacerdote se ha refundado en director, actor, productor, guionista y promotor de una película rodada todas las mañanas que recuerdan las joyas de Juan Orol, y su héroe Johnny Carmenta, con discursos a la manera de *Bajo el manto de la noche*, en la que Orol, con ametralladora en mano espera cosa de un minuto para descargar los proyectiles. (“¡Una película que señala a la sociedad las lacras y vicios que la destruyen! ¡La mayor y más electrizante emoción que jamás se ha visto en una cinta policiaca!, El pecado y la virtud...el vicio y a pureza... ¡Dramáticos contrastes de la urbe que florece *Bajo el manto de la noche!*”) y en forma semejante, a que en la cinta hay cientos de balazos en el interior de un cabaret con puertas de cristal donde no se rompe un solo vidrio porque “la gente no va al cine a ver romper vidrios”, sus fans miran y escuchan embelesados el gesto congelado del Tlatoani quien nunca rebela sus *otros datos*, ni falta que hace, ya que es capaz de enfrentar la adversidad resolviéndola con la astucia de un Chapulín Colorado.

¿Qué sigue?

El remake de *La ilusión viaja en tranvía* (Luis Buñuel) adaptada a un Jetta.

Pie de página número 628